

Secretaría de Prensa

DISCURSO DE S.E. EL PRESIDENTE DE LA REPUBLICA,
DON PATRICIO AYLWIN AZOCAR, EN CONGRESO
DE LA INTERNACIONAL SOCIALISTA

Señoras y Señores:

Para los chilenos es motivo de satisfacción que nuestro país sea sede de este Congreso de la Internacional Socialista. En nombre del gobierno y del pueblo de Chile, saludo cordialmente a sus delegados y les expreso nuestra más afectuosa bienvenida.

La celebración de esta importante reunión en Santiago constituye un signo elocuente del renacer de la democracia en nuestra Patria y del fecundo diálogo que hoy los chilenos sostenemos con todos los demócratas del mundo.

Llegan ustedes a una nación y a un pueblo que tiene una deuda de gratitud con vuestra organización, vuestros partidos y vuestros líderes, por la generosa e intensa solidaridad que nos brindaron durante los años del autoritarismo. La Internacional Socialista, aunando esfuerzos con otros conglomerados y movimientos políticos internacionales, se prodigó incansablemente para ver restablecido en Chile el imperio del derecho y la plena vigencia de nuestras instituciones democráticas. Hoy los recibimos a ustedes, señores delegados, con reconocimiento y aprecio.

El socialismo democrático constituye una de las tendencias de pensamiento más vigorosas de la historia contemporánea. Nuestro siglo sería impensable sin su presencia y sin su espíritu, que entronca con una larga tradición: la de aquellos que en todo tiempo y lugar han soñado con un mundo más libre y más igualitario, liberado de explotaciones y servidumbres, de injusticias y opresiones.

El humanismo socialista ha contribuido ciertamente a configurar y enriquecer la idea y la práctica misma de la democracia, entendida no sólo como un régimen político, sino como estilo de vida, como sustrato ético en el cual ha de fundarse la convivencia social.

Lo ha hecho, en mi opinión, no tanto a través de determinados esquemas o fórmulas programáticas, sino sobre todo en el plano superior de los principios, al conciliar con similar énfasis valores fundamentales que han solido ser objeto de disociación, como son la libertad política y la justicia social.

Reivindicar esos valores, concebirlos como elementos indivisibles, asumirlos como ideales para la emancipación y perfeccionamiento de la sociedad, son aportes que el socialismo democrático, junto a otras vertientes del pensamiento humanista, han hecho a la causa de la democracia universal.

Es eso lo que le ha conferido su fuerza moral y política que, durante su historia, ha inspirado su lucha permanente frente a la injusticia y la discriminación, como también en su defensa de la libertad frente a cualquier amenaza que pretendiese mutilarla, aún bajo el pretexto de promover una más perfecta igualdad.

Como bien sabéis, pertenezco a una corriente de pensamiento distinta, la del humanismo cristiano, que comparte con el socialismo democrático una común vocación por la libertad y por la justicia. Estas dos vertientes han confluído en la construcción de las democracias modernas, basadas en el respeto a la dignidad humana.

Nadie debiera olvidar que la Europa de postguerra fue reconstruida por la acción conjunta de la democracia cristiana y el socialismo democrático. Las figuras señeras de Adenauer, de Gasperi y Schuman, Attlee, Pertini y Brandt, sólo por mencionar a algunos de los máximos exponentes de estas dos corrientes políticas, sobreponiéndose a sus legítimas diferencias, supieron responder con grandeza a las exigencias de la historia y han sido los principales artífices de la Europa contemporánea.

La experiencia que vive hoy el mundo demuestra, una vez más, que no se puede edificar la justicia cercenando la libertad. Tampoco puede prosperar la libertad allí donde impera la injusticia.

Los acontecimientos de los últimos tiempos hacen evidente que no serán los ideologismos exacerbados ni el pragmatismo ciego los caminos eficaces para satisfacer los anhelos humanos de un mundo mejor, sino la capacidad de apertura y renovación que confronta día a día los valores y principios con la realidad cambiante.

El socialismo democrático ha demostrado, a lo largo de su historia, ser capaz de emanciparse de esquemas teóricos generados frente a determinadas y particulares condiciones históricas. Ha sido su espíritu, y no las construcciones ideológicas que opuso al primer capitalismo, lo que ha prevalecido de él; es su voluntad de profundizar la democracia y no tanto las fórmulas específicas que planteó frente a determinadas circunstancias, lo que hoy mantiene su vigencia.

A cien años de su nacimiento, la Internacional Socialista aprobó, en el Congreso de Estocolmo, en 1989, una nueva Declaración de Principios que sustituye a la de 1951, establecida cuando el mundo salía de la guerra.

Desde entonces, son muchas y muy profundas las transformaciones que han tenido lugar en el mundo. Algunas de ellas verdaderamente insospechadas. Junto con abrir grandes oportunidades para una mejor convivencia planetaria, ellas traen consigo también enormes interrogantes para el porvenir de la humanidad.

En el espíritu de esta última declaración, se hace escuchar la voz y las inquietudes de un socialismo joven, proyectado al futuro, que busca su lugar en el nuevo milenio.

En nuestra tierra, en Chile, el socialismo democrático tiene también antiguas y fuertes raíces que lo han hecho un protagonista destacado de nuestra historia de este siglo. Su contribución a la vida del país ha enriquecido el tejido político, diverso y plural, que por décadas ha singularizado a la sociedad chilena.

En conjunto con otros partidos democráticos ha concurrido a cimentar ese sustrato común de principios y valores, de profundo arraigo en el alma cívica de los chilenos, que nos permitió superar y dejar atrás pacíficamente la dolorosa

experiencia autoritaria y que en el presente inspira nuestros mejores afanes para consolidar la democracia en Chile.

En esta tarea, como bien lo saben ustedes, un miembro pleno de vuestra organización -el centenario Partido Radical- comparte responsabilidades en la actual coalición de gobierno, al igual como lo hacen otras importantes colectividades que adhieren o son afines a vuestro pensamiento, como el Partido Socialista de Chile, el Partido por la Democracia y el Partido Social Demócrata.

Con ellos, la Democracia Cristiana y los demás partidos que conforman el amplio arco político de la Concertación, hemos asumido el compromiso de hacer realidad las aspiraciones y anhelos del pueblo chileno por una convivencia libre, pacífica, justa y solidaria.

Lo anterior cobra mayor fuerza si consideramos que sólo ayer, hace menos de veinte años, quienes hoy conformamos la Concertación, estábamos en trincheras opuestas.

Hemos empezado a construir un futuro común sobre la base de las lecciones de un pasado de desencuentros y de la amarga experiencia más reciente de un régimen autoritario, que nos enseñaron a privilegiar nuestros acuerdos por sobre las legítimas diferencias.

La presencia de una fuerza socialista en un gobierno de transición a la democracia es inédita, según lo demuestran una veintena de transiciones democráticas en Europa meridional, el sudeste asiático y América Latina.

Pero no estamos aquí ni nos hemos puesto de acuerdo solamente para administrar una transición; no vemos en la actual coalición de gobierno como mero paréntesis entre un régimen autoritario y uno democrático. Vemos en la Concertación una convergencia de los humanismos de diversas inspiraciones, entre ellas la cristiana y la socialista, en una perspectiva de largo aliento para construir en Chile una democracia sólida no sólo como régimen político, sino también en el ámbito económico y social. Es por eso que no hablamos simplemente de un gobierno de transición, sino de un gobierno de consolidación democrática.

Señores delegados:

Al acercarse al inicio del tercer milenio de nuestra Era, la Humanidad vive tiempos de justificada esperanza. La capacidad de los hombres para dominar las fuerzas de la naturaleza a fin de satisfacer sus necesidades o impulsar el progreso material, se ha desarrollado en el último siglo de manera asombrosa.

Hasta hace poco, sin embargo, la división del mundo en dos bloques antagónicos, liderados por super potencias de enorme poderío bélico, hacía temer fundadamente que ese inmenso poder de los hombres pudiera desviarse fatalmente hacia la destrucción de la Humanidad. El derrumbe de los muros que durante mucho tiempo parecían insuperables, abre a todos los pueblos la perspectiva de orientar conjugadamente sus esfuerzos, capacidades y poderes hacia la causa superior de construir una paz sólida y estable en nuestro mundo.

Eso sólo será posible sobre las bases de la verdad, de la libertad y de la justicia.

La exigencia de verdad nos impone el deber de abrir los ojos para identificar y comprender los múltiples y graves problemas que aquejan al mundo contemporáneo, las naturales diferencias, las abismales desigualdades y los peligros de diverso orden -moral, biológico y ecológico- que amenazan a los hombres.

El imperativo de la libertad nos exige reconocer y hacer imperar, al mismo tiempo, el derecho de los pueblos a su autodeterminación como el pleno respeto y vigencia de los derechos humanos de cada persona.

El deber de justicia nos reclama esfuerzos decididos y eficaces para acortar las grandes desigualdades y distancias que separan a los pueblos y a los hombres, en el goce de los bienes del universo y en sus posibilidades de bienestar y de progreso.

Este es el gran desafío que nos urge a cuantos tenemos alguna responsabilidad en la conducción de nuestros pueblos. Corresponde a las grandes corrientes que orientan y aunan el quehacer político de nuestros tiempos, de una de las cuales vuestra Internacional Socialista es expresión, asumir decididamente este desafío, definiendo criterios y aunando voluntades para encararlo.

La tarea no es fácil, porque choca con serios obstáculos. La extrema pobreza que aflige a gran parte de la Humanidad, entre otras, a los pueblos de nuestro continente latinoamericano, el ciego egoísmo de los ricos -individuos y naciones- y el rebrote de estrechos nacionalismos atomizantes de la Humanidad, son amenazas

vivas y peligrosas para la causa de la Paz.

En Chile estamos, en nuestra modesta medida, enfrentando estos desafíos en el ámbito nacional y procurando colaborar con todas las naciones para hacerlo también en el plano mundial.

Estoy cierto que éstas son preocupaciones compartidas por ustedes y que el Socialismo seguirá contribuyendo, con sus planteamientos y su acción, a la causa de la paz, de la libertad y de la justicia.

Junto con desearos una feliz estadía en nuestra Patria, hago votos porque vuestras deliberaciones sean fecundas para el servicio de estos nobles y comunes ideales.

Muchas Gracias.

* * * * *

SANTIAGO, 26 de Noviembre de 1991.

M.L.S.